

Abajo los impuestos religiosos

E.
MIRET
MAGDA
LENA

Si se explicase claramente el procedimiento que para ayudar a la Iglesia se prevé en un próximo futuro, seguramente que los ciudadanos españoles no lo querrían. Pero el nuevo Acuerdo económico español entre el Gobierno y la Santa Sede está tan sutilmente redactado que es difícil que el hombre corriente de la calle se percate del sistema paternalista inventado por el régimen político actual para seguir manteniendo sumisa a nuestra Iglesia, como se hacía en tiempo de Franco. Aparte de lo cual, comprendería también este ciudadano medio que, en último extremo y quiera o no quiera, de su bolsillo han de salir las ayudas que se prevén para la Iglesia católica del país.

La única posible salida de esta situación es el fracaso progresivo que puede ocurrir ante la pregunta que se hará a los españoles cada año consultando el fin al cual desean que se entregue este impuesto religioso que se destina a las Iglesias o a otros fines no religiosos. En una palabra, se marcará la cuantía de la ayuda, pero quedará una aparente libertad en cuanto a la canalización que el ciudadano quiera dar a esta ayuda.

Sin duda, este sistema impositivo por parte del Estado ha de ser muy poco popular, si los españoles se percatan de ello y no se utiliza ningún subterfugio para ocultar la realidad ni para desviar, sin conocimiento de los ciudadanos, todos los tipos de ayuda que el Estado piensa prestar a la Iglesia católica española.

Se ha puesto como modelo la situación de esos países en los que existe algo parecido a lo que se va a implantar en el nuestro. Unas veces consiste en una ayuda estatal, sacada de los Presupuestos Generales de los Estados; y en otras ocasiones es la autorización por el Estado para implantar un impuesto eclesiástico a la propia Iglesia del país de que se trata a sus fieles. Esto último es el caso de Alemania Federal, en donde las diferentes regiones o Länder pueden establecer un impuesto para sus seguidores, que el Estado autoriza y se encarga de recaudar mediante una cuota (que suele ser del 4 por 100) por realizar este trabajo a la Iglesia. Este impuesto eclesiástico supone aproximadamente el 10 por 100 del impuesto de la renta de los creyentes y del impuesto por rendimiento del trabajo personal que tienen que pagar como buenos ciudadanos todos los católicos a su país. De este modo, la Iglesia alemana del Oeste está económicamente boyante y le sobra el dinero por todos los costados después de vivir su clero con un alto nivel de vida. Pensemos, por ejemplo, que solamente en Baviera la Iglesia católica recibió por este impuesto en 1977 9.000 millones de pesetas, que es más que los que recibió en este año nuestra Iglesia oficial en toda España como subvención del Estado.

Esta situación tan esplendorosa de la

Iglesia alemana ha supuesto tres peligros grandes para la religión: la burocratización y profesionalización de su clero; el aburguesamiento del mismo, y el carácter socialmente conservador y totalmente complaciente con los Gobiernos del catolicismo oficial alemán.

Además —por si esto fuera poco—, la Iglesia católica recibe en ese país otro tipo de ayudas económicas sustanciosas. Ayudas que siempre mediatizan a la Iglesia y la hacen tranquila y sumisa a los deseos de este tipo de Gobiernos donde el Estado interviene para resolver los problemas económicos eclesiásticos y eclesiales. La prueba está que en los países del Este nos encontramos con un panorama, que algún día expondré con más detalle, verdaderamente curioso e ignorado por todos nosotros: salvo Rusia, todos los demás Estados ayudan económicamente a la Iglesia católica y el clero se beneficia de la Seguridad Social del Estado, con lo cual una gran parte del inconformismo que contra determinadas medidas injustas debería la Iglesia de esos países reaccionar, no existe como no existió entre nosotros en la mayor parte del período franquista.

En cambio, en otros países como Estados Unidos, México y Francia, en los cuales la Iglesia católica es tan importante, son los fieles quienes la mantienen y, por eso es ésta grandemente independiente de las presiones de sus Gobiernos. La Iglesia vive en ellos no solamente con independencia clara, sino también a un nivel razonable y a veces incluso boyante como en USA.

La Iglesia católica se preocupó de producir, sobre todo en los Estados Unidos, una conciencia entre sus fieles para que la ayudasen económicamente. Por ejemplo, el famoso *Catecismo de Baltimore* recogía las decisiones del III Concilio que celebró la Iglesia católica en el siglo pasado en esa ciudad, y en el cual se decidió prohibir la absolución en el sacramento de la Confesión a las personas que no estuvieran dispuestas a ayudar económicamente a su Iglesia. Y más tarde se negaron los sacramentos de la Confirmación y del Matrimonio, así como la sepultura cristiana, a aquellos que no cumplieran sus deberes económicos. Todo este sistema militarista —y por tanto criticable— tuvo una ventaja, y es que los fieles adquirieron la conciencia de ayudar a su propia Iglesia, y —por eso— ahora ya no se suele nunca recurrir a estas sanciones en USA para exigir el óbolo económico de los católicos. El hecho es que, terminada la guerra mundial de 1914-1918, la Iglesia católica de los Estados Unidos adquirió una estructura totalmente independiente de los apoyos que hasta entonces necesitaba de los católicos europeos; y en la actualidad es incluso fuente de ayuda sustanciosa a las necesidades del catolicismo en muchos países.

Se suele esgrimir también una razón

sutil para criticar este sistema de ayuda directa de los fieles a la Iglesia en cada país. Muchas veces se afirma que así no se puede mantener económicamente el catolicismo; lo cual quiere decir una de estas tres cosas: 1) que los católicos no quieren ayudar con dinero a su propia Iglesia; 2) que el clero en general quiere vivir a expensas de los fieles sin trabajar como, sin embargo, hacía San Pablo; 3) que los fieles quieren que la Iglesia se simplifique y suprima tanta organización burocrática como tiene, y que no están dispuestos a mantener por más tiempo.

Además de estas razones se suelen esgrimir otras que resultan todavía más curiosas. Se dice que la Iglesia estará entonces mediatizada por sus propios fieles y, en particular, por los más ricos. A lo cual hay que contestar dos cosas evidentes: la primera, que la Iglesia no es nada más que la comunidad de los creyentes y, por tanto, su organización exterior debe acoplarse a los deseos de sus propios fieles, y no querer dominarlos el clero con sus propios criterios sin contar con ellos. Y lo segundo es que no tiene la Iglesia por qué plegarse a la presión de los ricos si exige que los donativos sean secretos, realizándolos mediante colectas sin que figure el nombre de los donantes.

Algunos pseudoprogresistas españoles, sobre todo del alto clero, han sacado a relucir que por este sistema la Iglesia católica estadounidense es bastante conservadora porque sus fieles lo son. A lo cual habrá que contestar que si los fieles así lo quieren, tienen todo el derecho a mantener una Iglesia a la medida de sus convicciones personales; y únicamente habría que decirle a aquel clero que su deber, como creyentes en el Evangelio que se supone deben ser también los clérigos, es que debería hacer progresar a sus fieles en aquello que no concuerde con la enseñanza de Jesús, pero respetar otras opciones en sus costumbres religiosas que no se opongan claramente al Evangelio, ya que el clero debe estar al servicio del pueblo y no el pueblo al servicio del clero.

Por eso insisto en que, de una manera progresiva, pero bien concreta y a plazo medio, se llegue en España a la autofinanciación de la Iglesia católica, sin tener que depender una vez más del apoyo del Estado, sea con subvenciones, impuestos estatales religiosos o mediante impuestos eclesiásticos recaudados por el Estado. Sólo si conseguimos esta independencia económica llegaremos a tener la independencia religiosa que, en general, los católicos deseamos para nuestra propia Iglesia en España. ■